

su muerte y todas las circunstancias de su vida mortal, las cuales no podían convenir evidentemente, sino á un verdadero hombre. ¹ En el nuevo Testamento, los Evangelistas y los Apóstoles hablan á cada paso de la humanidad de Jesucristo: San Mateo y San Lucas hacen su genealogía: San Juan dice literalmente: que *el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros*. ² El mismo Jesucristo lo advierte á sus discípulos en estas palabras: *Tocad y ved: los espiritus no tienen carne ni huesos, como veis que yo tengo*. ³ El Apóstol San Pablo en su epístola á los romanos dice, que *el Hijo de Dios es descendiente de David segun la carne*, ⁴ y San Juan manifiesta, que *todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en la carne, viene de Dios*. ⁵ La Iglesia misma en todos tiempos y sin interrupción ha profesado esta creencia, fundada tan claramente en la Escritura, cómo lo ve todo el mundo, al repetir el Símbolo de los Apóstoles, y al oír entonar en los templos el Símbolo transmitido por los padres del Concilio Niceno.

Hai mas: esta Encarnación fué verificada en las entrañas de la Virgen María: ved aquí otra verdad igualmente demostrada. San Juan designa á María con el nombre de *Madre de Jesus*, ⁶ como lo habia hecho ya Santa Isabel, ponderando su ventura por ser visitada de María. ⁷ En los mismos términos se explica San Lucas. ⁸ No la designó con otro nombre al Angel del Señor, cuando prescribió á José la huida para Egipto. ⁹ Y por último, concluiré con recordaros, que terminantemente se lo dijo Gabriel á Maria, cuando vino á anunciarle su divina maternidad. ¹⁰

Ya veis, hermanos míos, cómo Jesucristo Nuestro Señor es Dios y hombre verdadero, cómo es el Verbo eterno, la sabiduría increada, el Unigénito del Padre, ó como dice, nuestro manual catecismo, *como es natural Hijo de Dios vivo*; y habéis visto tambien, como es hombre, sin dejar de ser Dios, *porque es tambien Hijo de la Virgen María*. Llámase *Cristo* y por esto nosotros nos llamamos *cristianos*. ¿Mas qué debemos entender por esta palabra *Cristo*? „Esta palabra, dice Lactancio, no es un nombre propio; sino un tí-

—1—Joann. cap. I, v. 14.—2—Joann. Ib.—3—Luc. cap. XXIV, v. 39.—4—Cap. I, v. 3.—5—I cap. IV, v. 3.—6—Joann. cap. II, v. 2.—7—Luc. cap. I, v. 43.—8—Ib. cap. II, v. 34.—9—Math. cap. II, v. 13.—10—Luc. cap. I, v. 35.

tulo que designa el poder y la dignidad real; y por esto los judíos llamaban *Cristos* á sus reyes. Este nombre, derivado de una palabra griega que significa *ungir* ó hacer una unción, sirvió despues para nombrar una persona consagrada por la unción santa. Estaba prevenido á los judíos por su lei, hacer y consagrar un perfume para ungir á aquellos que eran elevados á la dignidad real. Por esto nosotros llamamos *Cristo* al que ellos llamaban *Mesías*, como si dijéramos *ungido ó rei consagrado*: porque este augusto personaje, concluye el escritor citado, posee no un reino temporal, sino un reino celestial y eterno. ¹ Elevando pues esta palabra hasta el grado mas sublime de que fuera capaz, la consagra la Iglesia para designar con ella al Hijo del Dios vivo, al Verbo encarnado que reunió en su persona la dignidad de rei, de sacerdote y de Profeta. He aquí, hermanos míos, al Mesías verdadero, porque es el mismo *prometido en la lei y en los Profetas*. Mas al pronunciar el nombre de Mesías, entramos naturalmente á considerar á Jesucristo en la misión sublime de gracia, de salud y felicidad que vino á cumplir en la tierra.

SEGUNDA PARTE.

La misión de Jesucristo en la tierra es una misión de salud, pues que vino ex-profeso á redimir al hombre de la esclavitud y muerte del pecado; es una misión de luz y de verdad, porque vino á disipar con su doctrina y Evangelio los errores y las tinieblas que envolvian á toda la humanidad; es por último, una misión de sólida firmeza, porque vino á establecer en el mundo un reino inmortal. Como yo no escribo un libro, me es imposible reducir al pequeñísimo espacio de una subdivision metódica el imponente conjunto de hechos, de figuras representativas, de profecías verificadas, de cotejos ó comparaciones históricas, que han servido de fundamento en todos los siglos aun á los que ántes habian sido incrédulos, para reconocer en Jesucristo al ver-

(1) Divin. Inst. I. 4, cap. 7. Vease el *Diccionario teológico de Bergier*. art. CRISTO.

dadero Mesías de la nueva alianza, al Deseado de todas las naciones, al que destinaba ya Dios desde su eternidad para reparar con su sacrificio infinito el estrago también infinito que hizo en nuestros primeros padres la culpa original. Procediendo pues de la noción que acabo de daros, por la cual habéis visto que Jesucristo es Dios, pondré á vuestra vista las consecuencias que de aquí se deducen, á fin de que reconozcáis la verdad en su Evangelio, la institución del sacerdocio en su apostolado, y la autoridad divina en su Iglesia: pues esto es lo que basta para que veamos en él al Mesías prometido.

Apoyándome, señores, en el testimonio uniforme de la historia sagrada y de la historia profana, os diré, que en los primeros años de nuestra era apareció en la Palestina un personaje extraordinario que se llamó *Jesus*, Hijo de María, descendiente de la casa y familia de David; que vivió en Judea bajo el reinado de Augusto y de Tiberio; que se anunció él mismo como el *Mesías* prometido en la lei y en los profetas, como el *Hijo de Dios*. También lo es, que predicó una doctrina nueva para todas las naciones; que eligió doce Apóstoles, para que propagasen esta doctrina, y llevasen la fe, la esperanza y la caridad á todo el universo; que estableció una Iglesia, para que fuese la depositaria de sus dogmas, intérprete de su lei, maestra de las costumbres, representante suya en la tierra, órgano de su voluntad, y suprema dispensadora de sus tesoros divinos.

A esta misión reconocida universalmente dan un testimonio uniforme el Antiguo Testamento, el Nuevo Testamento y la Historia de la Iglesia. El primero puede considerarse como una historia profética, simbólica y figurativa del Mesías; el segundo, como un milagro continuo y un cuadro acabado y perfecto de doctrina, de acontecimientos é instituciones sobrenaturales; la tercera, por último, como un contingente indefectible que han ido pagando los siglos al poder soberano de Jesucristo. De este modo vamos viendo, al través de los acontecimientos mas diversos que nos presenta la historia del género humano, al hombre delincuente y al hombre regenerado, y por tanto, la clave de todo este misterioso

edificio viene á ser la existencia y divinidad de un personaje que trajo á la tierra la misión de regenerar la naturaleza corrompida por el pecado, de salvar la humanidad entera de la eterna perdición, á que estaba sujeta por el pecado. He aquí por qué, desde las primeras páginas del Génesis, desde los primeros dias del hombre hasta los tiempos de hoy, vemos resplandecer al Mesías, como el viajero que dando la vuelta al mundo, y encontrando al sol en todas partes, no halla lugar fijo para el oriente ni para el ocaso. Situados en aquel punto donde parece replegarse el horizonte de la existencia contra los abismos de la nada, vemos levantarse magestuosamente al Mesías, y pasar con los siglos y sobre los siglos, sin que su luz llegue á ocultarse un momento solo á la vista de las generaciones. El Antiguo Testamento nos le anuncia en sus profecías, nos le pinta en sus figuras, nos le muestra en sus leyes é instituciones: el Nuevo Testamento nos le hace reconocer Dios en los prodigios que preceden, en los que acompañan y en los que siguen á su nacimiento, en el misterio de sus humillaciones y de su grandeza, en la santidad de su vida, en el carácter de su predicación, en el poder de sus milagros, en su resurrección gloriosa. La Historia de la Iglesia, que propiamente hablando, comienza por los Hechos apostólicos, sorprende nuestra admiración con los trabajos de los Apóstoles, la santidad de su vida, el desempeño de su misión, el establecimiento y propagación de la Iglesia, la constancia de los mártires, la transformación del mundo y la incontrastable firmeza del nuevo reino.

Ved, católicos, con qué noble magestad atraviesa los siglos esta misión eterna de Jesucristo, y cómo se manifiesta igualmente en la historia del antiguo pueblo, en la voz de los Profetas, en la esperanza de los Patriarcas, en el testimonio del Evangelio, en los milagros que obra y en los mismos oficios que ejerce sobre la tierra. ¿Cuáles fueron pues sus oficios mas principales? *Los de Salvador y Maestro*, como lo vais á ver en la tercera parte.

TERCERA PARTE.

La condicion del mundo cuando vino Jesucristo, está representada en dos palabras, hermanos míos, *tinieblas y muerte*. El hombre estaba muerto para la gracia, y en tanto estaba muerto, en cuanto no tenía en lo absoluto ningun elemento reparador que pudiera volverle á la vida. Cortadas sus relaciones con Dios por el pecado, claro es, que no podia venir sin un Mediador y una víctima de infinito precio, supuesto que Dios, al manifestar su plan de reparacion, indicó mui claramente que no quedaria dispuesto á renovar su alianza con los hombres, si la injuria que le infirieron estos con el pecado no hubiese llegado á destruirse con una satisfaccion digna. ¿Y quién podia dar esta satisfaccion, supuesto que habia de consistir en el sacrificio de una víctima de infinito precio? No la Divinidad, porque la Divinidad es por su naturaleza incapaz de padecer: tampoco la humanidad, cuya profunda contaminacion la hacia incapaz de merecimiento, y cuyo carácter de finita la habria dejado en la misma impotencia, aun cuando hubiera sido capaz de merecer algo. He aquí, señores, el *porqué* de la Encarnacion. El Hijo de Dios se hizo hombre, y con esto solo el mundo tuvo un Hombre. Dios, que padeciendo en cuanto hombre, mereceria como Dios. He aquí lo primero que vino á cumplir Jesucristo sobre la tierra: porque decidme; ¿para qué se hizo Dios hombre? *Para poder morir por los hombres*; porque en cuanto Dios era imposible que muriese. Ahora bien: el padecer y el morir por nosotros los hombres, le da el carácter de *Salvador*, y por lo mismo este es uno de sus oficios mas principales. Mas qué, ¿solo para esto se hizo Dios hombre? Bien sabéis que no, hermanos míos: se hizo hombre tambien *para enseñarnos con su vida y ejemplo el camino del cielo*. Y pues que vino aquí, no solo para salvar al mundo, sino tambien, para enseñar al mundo, es no solamente nuestro *Salvador*, sino tambien nuestro *Maestro*.

¿Qué doctrina enseñó? La misma, señores, que enseña toda la Iglesia católica, la que ha enseñado constan-

temente, la que enseñará por todos los siglos, la que transformó al mundo de tinieblas en luz, conquistando la razon con la fe, la que ha hecho caer ante nuestro símbolo todo el poder antiguo, la misma que os estoi predicando yo, la que os hace á vosotros, hermanos míos, mas entendidos y sabios acerca de Dios, del hombre y de la felicidad, que á todos los filósofos antiguos, la doctrina bajada de los cielos, *la doctrina cristiana*.

En la plática precedente os he dado una idea de esta doctrina, os he dicho que tiene cuatro partes, las cuales satisfacen á todas las necesidades del hombre: *Credo, Mandamientos, Oraciones y Sacramentos*; he procurado elevar vuestras almas hasta la importancia de esta doctrina, y os he inculcado las disposiciones con que debéis escucharme. Dejo pues aquí este punto, para volver á Jesucristo en sus relaciones con toda la humanidad; pues nada ménos es necesario para que comprendáis la excelencia de vuestra condicion sobre todos los pueblos de la tierra, con solo llevar el nombre de *cristianos*.

No abandonemos pues la idea: bajo los caracteres de Salvador y de Maestro, Jesucristo nos ha unido tan íntimamente á sí, que si correspondiéramos bien á una dignacion tan sublime, pudieramos decir con San Pablo. „Muerto estoi, y „mi vida está escondida en Dios con Jesucristo. No vivo yo, sino Jesucristo es quien vive en mí. ¿Quién pues „podrá apartarme del amor de Jesucristo? ¿acaso la tribulacion, el hambre, la desnudez, la persecucion, el peligró, la cuchilla desnuda del verdugo, &c. &c? Ah! no: „yo estoi seguro de que ni la vida, ni la muerte, ni lo sucedido „ya, ni lo que está por venir, ni lo que urge y estrecha en el „momento en que hablo, nada en suma, será parte á separarme del amor de Dios, que está radicado en Jesucristo.”¹

¡Ah, hermanos míos! si tuviésemos aquella fe vivísima que hacia de los primeros fieles un pueblo de santos, ¿cómo repasariamos dia y noche este título excelso y sublime, este nombre que hemos heredado del espíritu y no de la carne, esta designacion santa que nos presenta como verdaderos hijos de Dios, herederos del

(1) Epist. á los Roman. cap. VIII, v. 35 y sig.

cielo, socios de los ángeles y ciudadanos predilectos de la celestial Jerusalen! Sí, hermanos míos, en calidad de cristianos hemos vuelto á adquirir el bello título de hijos de Dios, y por consiguiente el derecho á la bienaventuranza. Por que „si somos hijos, dice San Pablo, somos tambien herederos, herederos verdaderamente de Dios, coherederos de Cristo. ¹ Si somos coherederos de Cristo, tenemos por gracia lo que él tiene por naturaleza, y somos sus hermanos: pues con nosotros hablaba tambien, tenedlo por cierto, cuando anunció á sus discípulos su regreso de la tierra para el cielo, con estas palabras perdurablemente dulces para la esperanza y para el amor: *Asciendo á mi Padre y vuestro Padre, á mi Dios y vuestro Dios.* ²

Cristiano, quiere decir tanto como *hombre que tiene la fe de Cristo*; y la fe de Cristo es luz para el entendimiento, es fuego para el corazon: disipa las tinieblas, descubre la verdad, enfrena las pasiones, cria la virtud, enjuga todas las lágrimas, produce todos los bienes, santifica la tierra y diviniza la humanidad. La fe de Cristo, hermanos míos, es la pureza que se abriga en el candor de la virginidad, el valor que se infunde en el corazon de los mártires, es el vigor secreto que forma el carácter de los confesores, es la causa motriz, el agente invisible que dirige los pasos del Apóstol, es la expresion dulce y tierna de religion y de piedad que tanto nos encanta en los labios del niño, y es por último, esa resignacion sublime con que al sonarnos, la última hora del tiempo, nos recogeremos en Dios para entrar con sosiego en las vias de la eternidad.

Tal es, oh católicos, la excelencia de este nombre santo y divino. Medítadle todos los dias, y amadle sin cesar; llevadle con decoro, sostenedle con firmeza, conservadle con constancia, posedle con provecho, y conducidle con gloria hasta el seno mismo de Aquel que, habiendoo criado para sí, reserva la bienaventuranza eterna para el que haya sabido vivir y morir como cristiano.

(1) Epist. á los Rom. cap. VIII, v. 17.—(2) S. Juan cap. XX, v. 17.



PLÁTICA TERCERA

SOBRE

LA SANTA CRUZ,

CONSIDERADA

COMO LA INSIGNIA Y SEÑAL DEL CRISTIANO.

Mihi absit gloriari, nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi.

Léjos de mí el gloriarme, sino en la Cruz de nuestro Señor Jesucristo.

San Pablo á los Gálatas, cap. VI, v. 14.



UANDO la fama, hermanos míos, habia ya conducido á mui prodigiosas distancias el nombre de aquel esclarecido apóstol á quien Dios habia suscitado mui especialmente para la conversion de los gentiles; cuando la presencia de Pablo ponía la celosa embidia en el ánimo de los judíos, y las mas terribles alarmas en el corazon de los infieles, porque aquella presencia traía consigo la representacion tácita de la victoria; el Apóstol entró en cierta especie de inquietud á la vista de su misma celebridad, se estremeció de su propia nombradía, y hubo menester de apoyarse fuertemente en la Cruz del Salvador, para mirar con quietud, sin recelo y sin alarma su propia gloria. „Léjos de mí, decia, el gloriarme en otra cosa que en la Cruz de Jesucristo.—Dios „me ha enviado, escribia tambien á los fieles de Corinto, „á predicar el Evangelio, sin valerme para esto de la elocuencia de palabras, á fin de que no se haga inútil la Cruz